

Aupé los expedientes que llevaba en la mano y los apoyé contra mi pecho. Miré al doctor Ibáñez que asintió y se dirigió hacia la pared de la izquierda. Se apoyó cruzándose de brazos sin sacar los ojos de encima a la convicta. Los guardias hicieron lo mismo, pero situándose en la otra pared. A mí me tocaba sentarme con la lunática enfrente de ella, en el suelo, con las piernas cruzadas también y al otro lado del enrollador. Pude leer la mente de Ibáñez. Coincidimos en una misma idea: “demasiado cerca”. El suelo estaba frío.

—Soy el doctor Cooper —intenté sonar lo más profesional y seguro de mí mismo posible.

—Genial, otro doctor —puso los ojos en blanco— Y dime, ¿tienes nombre? O te llamas realmente Doctor y de apellido Cooper.

—Me llamo Delaré.

Sonrió. Me esperaba que comentara que era un nombre muy raro o que lo dijera mal. Incluso que se burlara. Pero ninguna de esas cosas sucedió.

—Y dime Delaré.... ¿Cuál es tu rollo?

Mis ojos descendieron hasta el enrollador. La cadena era de hierro forjado con eslabones reforzados transversalmente. Me recordaba a la cadena de un ancla. Tal vez incluso lo era, pero, en vez de terminar en forma de áncora, la cadena estaba unida a unas gigantescas y especialmente gruesas esposas de acero inoxidable que cubrían las muñecas de Úrsula completamente. Tenían pinta de pesar.

—¿Mi rollo? —restablecí el primer contacto visual.

—Ya sabes. ¿Qué te gustaría hacerme?

Tragué saliva. Intentaba ponerme nervioso, eso era todo. Si lo sabía, ¿por qué lo estaba? Las palabras de Ibáñez resonaban en mi interior. Tenía tanto miedo de que entrara en mi cabeza que todo lo que pensaba o todo lo que iba a decir lo analizaba hasta la saciedad por miedo a equivocarme. Por miedo, simplemente. Había sido un consejo muy poco acertado el suyo. Seguramente, si no me hubiese querido advertir tanto, no hubiera estado tan inquieto aquel día.

—Ya sé lo que pretende, señorita Noriega. Intenta incomodarme, pero deje que le diga que no va a funcionar —logré que sonara convincente y todo.

—Que mono... ¿Creías que hablaba de cosas sucias y guarrindongas? —se lamió los labios de forma pícaro— Siento decepcionarte, pero no me van los yogurines. Yo me refería más a que quieres hacerme tú. Ya sabes... — fingió que se excitaba y añadió cierto matiz de lascivia a su voz— ¿Tratamientos psicofarmacológicos para curar mi cabecita rota? ¿Una cirugía craneal del tipo movemos esto aquí y sacamos esto fuera a ver qué pasa? ¿O vas a darme una galletita cuando me porte bien y mojarme con un spray cuando me porte mal?

—¿Querría alguna de esas cosas? —le pregunté.

—No sé, tal vez —pareció considerarlo— Puede. Al fin y al cabo, una tiene que distraerse aquí dentro como sea.

—Pues lo siento mucho, señorita Noriega, pero no. Ni la voy a atiborrar de medicamentos para curarla, ni la voy a operar ni voy a usar un refuerzo positivo o negativo con usted porque ninguna de esas cosas funcionaría. Con otras personas tal vez, pero con usted no.

—¿A no? —pareció entristecerse. Luego sonrió— ¿Y entonces?

—Simplemente me gustaría conocernos. Por el momento —ahora sonreí yo también.

Me fijé en sus ojos por primera vez. Heterocromía del iris, en efecto. Pero solo acerté el cincuenta por ciento de los colores. Uno de sus ojos era verde y el otro de un gris muy suave, no azul. Daba un poco de repelús. Úrsula se giró enérgica y se dirigió al doctor Ibáñez.

—Me gusta el nuevo. Es bueno —afirmó.

Mi superior se limitó a asentir. Lo hizo con un movimiento vago. No habló.

—Delaré... —repitió mi nombre— ¿Es bíblico?

No me dio tiempo a responder.

—¿Crees en Dios? —preguntó de inmediato, como si hubiera estado esperando la ocasión para hacerlo.

—¿Cree usted?

—Depende. No creo en un hombre que viste con túnica, lleva sandalias y tiene una larga barba.

—Dios puede ser muchas cosas. Y tener muchas representaciones.

—¿Incluso una idea? —sugirió con inocencia.

—¿Es para usted eso Dios? ¿Un ideal?

Su sonrisa se hizo más franca ante mi pregunta. Úrsula alzó ambas manos, inseparables por culpa del grillete, y con los nudillos se rascó al frente. La cadena tintineó con el movimiento. Luego las dejó caer a peso muerto. *¡Plank!* No pude evitar pegar un bote, aunque ella no pareció fijarse. Suspiró como si le cansara hablar del tema, como si hubiera dado esa explicación muchas otras veces y estuviera harta de repetirla.

—Yo creo que la humanidad sigue su camino basándose en una idea. ¿Cuál es la diferencia entre hacer todo lo que hacemos en el nombre de Dios y en hacerlo en el nombre de una idea?

No supe que contestar. Busqué una respuesta en los ojos de Ibáñez, pero él no los apartaba de Úrsula.

—¿Y cuál es esa idea? —probé suerte.

—Que los seres humanos son violentos —afirmó con convicción.

—¿Eso cree? —no pude evitar sonar escéptico. Y eso pareció ofenderle.

—Piénsalo. La historia está llena de violencia. Toda persona recurre a ella ya sea en menor o mayor grado. El grado de violencia que usa la gente es lo único que la diferencia. Por lo demás, todos somos iguales. Dormimos, comemos, follamos y cagamos.

Lo que más me inquietaba eran sus ojos, pues reflejaban una especie de tranquila ausencia, como si estuviese flotando muy, muy lejos de nosotros.

—¿Y eso es todo? No pondré en entredicho su uso de la violencia. Por algo está usted aquí —desvié la mirada de ella y sostuve la cadena unos segundos dándome cuenta de lo que pesaba y la solté— ¿Me ve a mi pudiendo llegar a ser tan violento como usted?

—Seguramente. Si no hubiera restricciones sociales y yo me interpusiera entre tú y tu alimento, cogerías una piedra y me reventarías la cabeza. ¿Y

sabes por qué? Porque sigues el ideal de la violencia cuando esta es necesaria. Y tarde o temprano siempre acaba siendo necesaria.

—Yo creía que lo que la religión daba, Dios en sí, era un orden moral —dije sin ninguna convicción de mis palabras.

—La moralidad puede ser violenta también. De no ser así, ¿por qué habría tanta violencia entonces? —asintió como dándose cuenta de la revelación que mostraban sus palabras— Anda que no se ha matado en el nombre del todo poderoso de las nubes. Está dentro de nosotros. Es lo que somos.

—Entonces, sí que cree en Dios —afirmé esperando una contradicción que no llegó— Dios justifica sus actos porque, lo que él espera, es que todos seamos como usted.

Parpadeé justo al acabar esa frase. Perdí de vista a Úrsula por una fracción de segundo. Al abrir los ojos, de repente me encontré unas manos que me agarraban por el cuello de la camisa y todo el cuerpo de Úrsula se abalanzaba sobre mí.

Lo primero que sentí fue una fuerza descomunal que me tiraba de espaldas contra el suelo, luego el impacto contra algo duro y frío, seguido de la cadena que caía a plomo contra mi pecho y luego aterrizó el cuerpo de la presa. Los guardias tardaron tres segundos en reaccionar, pero yo ya estaba inmovilizado y con la asesina más despiadada de la prisión agarrándome por el cuello.

—¡Separadla! —escuché que chillaba la voz asustada de Ibáñez.

Aparecieron más manos que agarraban unas a las esposas de Úrsula y otras mis hombros. Los guardias intentaron separarla de mí, pero ella se sujetaba con una fuerza y tenacidad sorprendente. Todo su cuerpo temblaba y este temblor me era transmitido sumándose al que creaba el miedo que tenía. Su nariz estaba clavada en mi ojo izquierdo y podía sentir como sus labios se movían cerca de la comisura de los míos. Con el ojo derecho veía su maníaco rostro a milímetros del mío.

—Si yo intentara morderte en el ojo en este momento —dijo inexpresiva y carente de emoción— ¿Serías capaz de detenerme antes de que te dejara ciego?

Úrsula dio un mordico al aire y sonrió. Vi como sus dedos se soltaban y era automáticamente separada de mí. El guardia que la sostenía la lanzó contra el suelo y enseguida apretó el mando enrollando la cadena de las esposas hasta el final. El guardia que me sostenía me arrastró fuera seguido por Ibáñez que no paraba de repetir...

—Dios, Dios, Dios...

Los guardias salieron de la celda y se apresuraron a cerrar la puerta. Aún pude escuchar los gritos, entre risas, de Úrsula.

—Si ellos no hubieran estado ahí, hubieras usado la violencia. ¡La hubieras usado!

Siguió diciendo más cosas, pero su voz quedó silenciada al otro lado.

—Santo Dios, ¿está usted bien Delaré? — exclamó Ibáñez arrodillándose a mi lado.

Me limité a asentir con la cabeza, aturdido y sin saber exactamente qué acababa de suceder. Era incapaz de hablar o ni de levantarme siquiera. Aunque estaba aparentemente fuera de peligro podía sentir aún su peso encima mío y su gélida voz en mis oídos. Y no solo eso. Sentí algo más, algo húmedo. Miré mi entrepierna: me había meado.